



Obituarios:

RAFAEL FRÜBECK DE BURGOS

Recientemente falleció el gran director **Rafael Frühbeck de Burgos** (1933-2014) a quien siempre relacionaremos con la música y las orquestas españolas, aunque fue director de varias orquestas en Italia, Japón y sobre todo en el mundo germano y quien estuvo en México en varias ocasiones, tanto con orquestas mexicanas como con su querida Nacional de España.

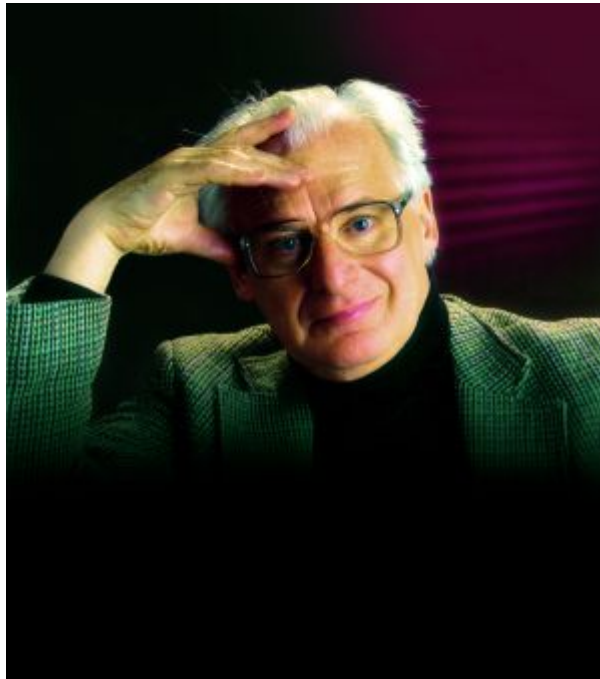


Frühbeck de Burgos, nació en esta última ciudad española y aunque hijo de alemanes, madre y padre de igual apellido, adoptó como nombre artístico, el de su ciudad natal. Siempre lo asociamos con la música española por sus múltiples grabaciones y por incluirla en sus conciertos, además de compartir con los grandes cantantes y solistas de su país. En México tuvimos la suerte de escucharlo en varios conciertos, sobre todo con la Orquesta Nacional de España, de la que fue su director artístico muchos años y en distintos periodos. En su larga carrera estuvo al frente, cronológica o simultáneamente, de instituciones musicales como las orquestas de Bilbao (en su juventud), Düsseldorf, Montreal, Washington, Yomiuri de Japón,

Sinfónica de Viena y Opera Alemana de Berlín, En tiempos recientes había sido director titular de la famosa Sinfónica de Radio Berlín (RIAS), la Nacional de la RAI Italiana y de la Filarmónica de Dresde, a la que dirigió hasta poco antes de su retiro, hace pocos meses.

FRANZ PAUL DECKER

Otro deceso lamentable fue el de **Franz-Paul Decker** (1923-2014) cuyo nombre dirá poco a la mayoría de los melómanos actuales, pues nunca estuvo ante los reflectores de las “estrellas”. Era uno de los pocos directores de la “vieja escuela” que aún vivían y en activo; fundamentalmente bruckneriano, también fue un excelente intérprete de Mahler y R. Strauss, pero también de Shostakovich y de las óperas de Wagner; en los países y orquestas que lo tuvieron como titular eran usuales las versiones de concierto de las óperas wagnerianas y con grandes cantantes como Jon Vickers o Jessye Norman.



Pocos recordarán que, en 1971, dirigió a la OFUNAM en un concierto inolvidable en el que **Decker dirigió la Novena Sinfonía de Anton Bruckner y se ganó al final una vibrante “Diana” por parte de la orquesta, emotiva tradición con la que la OFUNAM premiaba entonces a algunos directores que habían realizado un gran trabajo de preparación con la orquesta y hacia quienes el público mostraba su entusiasmo con aplausos interminables.** En estos tiempos, en que las usuales costumbres del público (casi nunca aplaudir mucho la primera obra del concierto, exigir un encore del solista casi en cuanto termina su obra programada y si acaso, traer a escena al director unas dos salidas, en lo que el resto del público sale corriendo en cuanto termina la última obra) harían impensable una ovación en la que, después de 5 o 6 salidas para saludar, la orquesta “premiaba” al director con la mexicanísima “diana”. Decker fue uno de quienes recibió aquel reconocimiento musical por parte de la OFUNAM, que sólo recibían los grandes que la dirigían en aquellos inolvidables tiempos.

Aunque nacido en Colonia, Alemania, buena parte de su carrera internacional la hizo con la Sinfónica de Montreal (sucesor de Zubin Mehta) y con otras orquestas de Canadá, además de ser titular en Rotterdam, Wiesbaden, Barcelona y Nueva Zelanda; con esta última, hay algunas grabaciones en la marca *Naxos*. Con un rigor y exigencia de mayor excelencia, eran famosos sus enfados con las orquestas durante los ensayos e, incluso en conciertos, que llegaba a detener

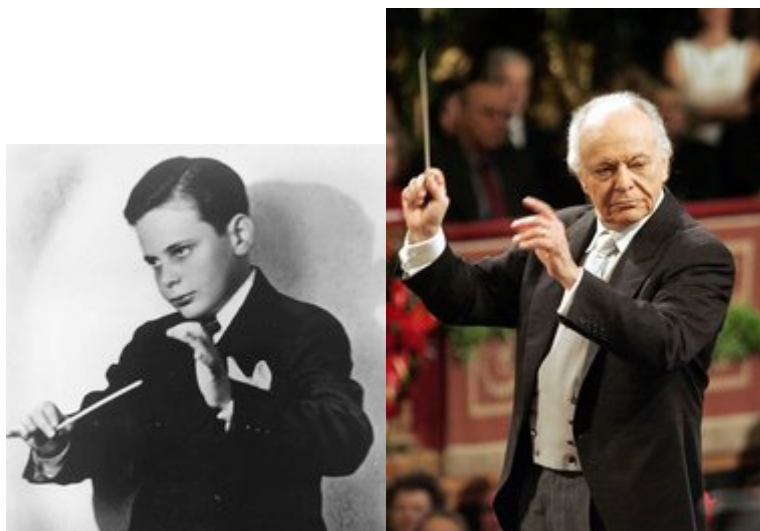
tras una evidente falla. Curiosamente, también era venerado por los mismos músicos a los que regañaba, pues los elevaba al más alto nivel musical posible.

LORIN MAAZEL.

Debido a su gran calidad y a su fama internacional de muchas décadas, extraña la relativa difusión que se hizo ante la muerte de **Lorin Maazel** (1930-2014). Lorin Maazel fue un director de enorme trascendencia, por ser de los que expresan en casi cada obra un concepto personal de la misma, y eso lo ubica junto a directores como Furtwängler, Klemperer, Bernstein, C. Kleiber o Celibidache. (**“Maazel puede hallar detalles novedosos hasta en el *Bolero* de Ravel”,** exclamaba alguien en la Sala Nezahualcóyotl, al escucharlo dirigir esa obra con la Orquesta Nacional de Francia).

Simultáneamente fiel a la partitura y original en su expresión de la misma, Maazel fue un director brillante e intenso que podía ir de lo frenético a lo expansivo, de la grandilocuencia al susurro. Perfeccionista absoluto, exageraba sus exigencias con los músicos, pero estos sentían la necesidad de cumplirlas por la confianza y respeto que les inspiraba.

Entre sus más de 300 grabaciones, es difícil seleccionar las mejores: ballets como *Romeo y Julieta* de Prokofiev y *Daphnis et Chloé* de Ravel; operas como *Porgy and Bess* de Gershwin, en su primera grabación completa o su conmovedora *Madama Butterfly* de Puccini y otras óperas de este compositor y su singular resumen orquestal de la *Tetralogía* de Wagner conocido como *El Anillo sin palabras*. Su ciclo Mahler con la Filarmónica de Viena incluye la única versión grabada de la Tercera Sinfonía que yo denominaría “épica” y la Octava Sinfonía es la más lenta en discos, lo que equivale a matices insospechados y una grandiosa majestuosidad que no ha sido igualada. Después de esporádicas grabaciones de sinfonías de Bruckner (la Tercera con la RIAS de Berlín y unas esplendorosas Séptima y Octava con la Filarmónica de Viena), en una reciente temporada dedicada a Bruckner con la Orquesta de la Radio Bávara, Maazel grabó finalmente una integral de las sinfonías de este compositor, la cual adquirió de inmediato un estatus de culto y que los *brucknerianos* buscan con fervor. Gran *straussiano*, su última grabación de los principales poemas sinfónicos de Richard Strauss, con la misma orquesta, es una lección de originalidad y concepto monumental. Recientemente, tuve la sorpresa de recordar y redescubrir su excepcional –si no es que la mejor en discos- Quinta Sinfonía de Prokofiev, que era impactante en los LP de acetato, hoy editada y ocultada en una de esas colecciones de CDs que propician su olvido.



Maazel fue primero un niño prodigio (debutó a los 9 años y a los 11 dirigió la Filarmónica de Nueva York, de la que sería su titular 60 años después) y después un magistral director joven (su primera visita a México fue en esa etapa, con una Sinfónica Nacional asombrada por su precoz talento). Posteriormente comenzó su deslumbrante carrera en la que, a lo largo de su vida, estuvo al frente de más de 12 grandes orquestas y casas de ópera de Europa y E.U. además de dirigir continuamente a los principales conjuntos sinfónicos del mundo.

Destaquemos que fue el primer director norteamericano (y judío) en dirigir en Bayreuth y el primer director no alemán en hacer la Tetralogía en el emblemático *templo wagneriano*. Dirigió muchas veces a la Filarmónica de Berlín y a la Filarmónica de Viena, aunque con mayor afinidad hacia la segunda. De hecho, uno de sus “berrinches” más notorios fue cuando, a la muerte de Karajan, los berlineses nombraron titular a Claudio Abbado, pues Maazel se había creado la expectativa de que él sería el elegido; desde entonces no los volvió a dirigir.

Compositor en su poco tiempo libre, compuso la ópera *1984*, sobre la novela de Orwell, que se estrenó en Covent Garden y después se ha presentado en La Scala de Milán, la Metropolitan Opera de Nueva York y en la Opera de Valencia, cuya orquesta, por cierto, fue fundada por él.

Como violinista de buen oficio grabó el Concierto para violín, piano y cuarteto de Chausson y la *Meditación de Thais* de Massenet en su grabación completa de esta ópera.

Pocos recuerdan que él dirigió la parte musical de las famosas películas operísticas *Carmen*, de Francesco Rossi; *Otello*, de Franco Zeffirelli y *Don Giovanni*, de Joseph Losey

Maazel visitó México varias veces, desde una temprana visita, en 1975, con la Orquesta de Cleveland (dirigiendo la obertura de *Escuela para Escándalos* de Barber, *El Mandarín Milagroso* de Bartók y Sinfonía No. 1 de Brahms). En 1977, con la misma orquesta, nos obsequió un histórico ciclo de las 9 sinfonías de Beethoven y aun regresó después con “la Cleveland” para inolvidables conciertos que incluyeron una “*Sinfonía Resurrección*” de Mahler (con Maureen Forrester y un coro mexicano preparado por Jorge Medina), que hizo cimbrar la Sala Nezahualcóyotl. Trajo a México a la Sinfónica de Pittsburgh y compartió la batuta con Eduardo Mata, quien dirigió uno de los conciertos. Y con la Orquesta Nacional de Francia hizo maravillosos y polémicos conciertos en la Sala Nezahualcóyotl. En el último de ello, Maazel se despedía de la orquesta francesa –siempre estaba en pleito con los músicos o los administrativos de sus orquestas-. Desde los ensayos se había establecido un serio duelo de batuta vs arcos, que culminaría en el concierto, con Maazel retando a sus músicos a tocar al *tempo* casi imposible que él imponía. Como la orquesta sí pudo con el reto, el ganador fue el público, pues escuchamos la más electrizante Quinta Sinfonía de Beethoven de nuestras vidas.

¡Ah! por cierto... siempre fue uno de los músicos más “caros” y cuentan que era difícil que hiciera un descuentito. Pero... en ocasiones, donaba sus honorarios para alguna causa benéfica del momento, como el *sunami* de 2004 en Indonesia y Tailandia, cuando dirigió el Concierto de Año Nuevo de Viena, tradición que por cierto, Maazel fue quien contribuyó a recuperar y continuar, al dirigirlos durante muchos años, después del retiro de Willi Boskovsky.

LA MUERTE DE CLAUDIO ABBADO

La muerte de Claudio Abbado ha sido un duro golpe para la música, no sólo por su importancia como director sostenida durante más de 50 años, sino porque hasta poco tiempo antes de su fallecimiento era un director vigente y en activo con diferentes orquestas y en diversos proyectos.

Claudio Abbado nació en Milán (cuna premonitoria si las hay) y en una familia de músicos, cuyo padre, Michelangelo Abbado (otro nombre significativo) fue uno de sus primeros maestros. Después estudió en el Conservatorio de esa ciudad y pronto, en Viena. Ser alumno también del legendario Carlo María Giulini no pudo ser casual: poder transmitir el amor por la música y una sensibilidad "a flor de piel" se heredan.

Con el tiempo, Abbado recibió todo tipo de premios, sobre todo por sus grabaciones y diversos reconocimientos y condecoraciones.

Músico talentoso indiscutible desde muy joven, pronto tuvo Abbado un envidiable nombramiento: Director Musical del *Teatro alla Scala*, la famosa Scala de Milán, el más notorio centro operístico del mundo -antes de la proyección turística y mediática de la Metropolitan Opera de Nueva York- (entre 1968 y 1986). Después, simultáneamente a Milán, fue Director de la Sinfónica de Londres (de 1979 a 1987) y al dejar ambas instituciones fue, durante algunos años, (1986 a 1991) Director Musical de la Opera Estatal de Viena, también la más importante del mundo germano. Finalmente, en 1989, le llegó el puesto más anhelado por muchos, la Orquesta Filarmónica de Berlín, una de las dos más importante del orbe musical junto con la Filarmónica de Viena (que no ha tenido nunca un director artístico permanente).

Para quienes se asombran de las nacionalidades de los directores en relación con nuestras orquestas, un italiano, que era en mayor medida un director de ópera, llegaba al puesto cumbre que sólo habían ocupado directores germanos o con afinidad germana como el húngaro Arthur Nikisch o el ruso hijo de alemanes, Leo Borchard -la única excepción había sido el rumano Celibidache.

En esta época en que para algunos ha sido la oportunidad para denostar el periodo que él sustituyó o heredó, no hay que olvidar que en la Filarmónica de Berlín de Herbert von Karajan se vivió un culto al sonido más bello, e imperaba la perfección y el virtuosismo, que no son para nada negativos, aunque también, ni modo, el talento para la mercadotecnia. Abbado no eliminó ninguna de esas características, sino que las transformó.

Esa brillante etapa de transformación de la Filarmónica de Berlín (que incluyó la renovación paulatina pero pronta de, al menos, la mitad de sus integrantes, aceptación predominante de músicos jóvenes y mujeres, transformación del repertorio y del sonido tradicional de la orquesta) acabó muy pronto. La enfermedad truncó el "periodo Abbado" a los 11 años de haber tomado el puesto.



Sin embargo, después del drástico periodo de tratamiento y una vez superado el cáncer que lo aquejaba, a partir de 2001, surgió un nuevo Abbado, transfigurado por la trascendencia humana y por el poder espiritual de la música. A su acostumbrado equilibrio interpretativo, a la amplitud de repertorio, a su gran interés por la música de sus contemporáneos y a su perenne respeto por los músicos jóvenes, ahora Abbado agregaba un concepto estético y sonoro diferente, de una suavidad y transparencia casi etéreas, con un lirismo aún más acentuado y un fraseo más delicado. Cuando él mismo declaraba que la música era como el bálsamo que aliviaba su enfermedad, entendemos mucho de su nuevo concepto música.

Un director sublime.

Fue la época de las fundaciones. Si ya antes había sido un gran apoyo para la creación de la Orquesta Juvenil Gustav Mahler, en su última “década” de 12 años, crearía y apoyaría varias nuevas agrupaciones musicales. En principio, fue el instigador para fundar la nueva Orquesta del Festival de Lucerna para revitalizar ese antiguo evento musical y comenzó el milagro. Cada año, al final del verano, este Festival se convertía en el más importante del mundo (dejando atrás, incluso, al legendario de Salzburgo) por la calidad de los músicos, óperas, conciertos y otros proyectos que se presentaban, pero los conciertos de esa orquesta, dirigidos casi todos por Abbado, eran lo más esperado de la celebración anual.

El procedimiento fue muy “sencillo”: La orquesta se conformaba en su mayor parte por integrantes de la Juvenil Gustav Mahler, muy cercana a Abbado, que se había colocado como el mejor conjunto sinfónico de jóvenes de Europa; a partir de estos entusiastas y valiosos integrantes, la Orquesta del Festival se enriquecía con algunos de los atilistas principales de algunas de las mejores orquestas, incluyendo los de la Filarmónica de Berlín –como Emanuel Pahud, Albrecht Mayer y Daniel Stabrawa, pero, además, verdaderos solistas de fama internacional como la clarinetista Sabine Meyer y la violonchelista Natalia Gutman o los integrantes de ensambles como el Cuarteto Hagen integrando las secciones respectivas.

Todos confluían a Lucerna en sus periodos de vacaciones o rechazando invitaciones para otros conciertos, motivados por el amor por la música (hasta suena extraño decirlo), pero también por su veneración hacia el gran músico: “Es que es el modo de poder hacer música con Abbado” decían los músicos de la música de cámara; o también, “Es el único modo de que podamos tocar a Mahler o a Bruckner y ser dirigidos por Abbado en esta época”. O los grandes solistas afirmaban que así “podían sentir la maravilla de integrarse a un ensamble sinfónico y ser dirigido por el gran músico”.

Después del primer Festival de Lucerna en que Abbado dirigió una versión modélica de Debussy y una Segunda Sinfonía, *Resurrección* de Mahler (era como su resurrección, la resurrección de Abbado y no sólo en un sentido figurado) comenzó el proyecto de preparar, dirigir y filmar para vídeo todas las sinfonías de Mahler –otro proyecto que se vio frustrado, pues sólo faltó tocar la Octava sinfonía, cancelada en 2013 y prevista para este 2014-, ciclo que por cierto fue haciendo también paralelamente con la Filarmónica de Berlín.

Si la Segunda había rayado en lo metafísico, la Novena sinfonía, interpretada en Lucerna en 2010 (y en Berlín, en 2002) es indescriptible, hay que escucharlas, ambas, para crearlas. Un



hombre que había regresado de la muerte, hacía con música una nueva, ahora sí, pensada, meditada e intensamente melancólica, despedida de la vida. La Novena de Mahler de Abbado integrará siempre ese grupo de “novenas, profundas e insuperables” en su sentido existencial: Bernstein, otra resignada bienvenida a la muerte; Giulini, Horenstein y ahora, Abbado.

Después de Lucerna, Abbado también fue el patriarca de dos conjuntos magistrales, la **Orquesta de Cámara Mahler**, factible de ser ampliada a tamaño sinfónico y la **Orquesta Mozart**, con sede en Bolonia, así sin el rubro “juvenil” pero, por supuesto, conformadas por los jóvenes más talentosos, a quienes dedicó su oficio, su amor a la música en sus últimos años, haciendo un repertorio amplio y ecléctico, desde Pergolesi y Bach hasta hasta Mozart y Alban Berg.

Afortunadamente, estos milagros musicales quedaron registrados para la posteridad en videos y grabaciones.

Y precisamente, éste fue el rubro en el que Abbado brilló como pocos directores: no importa contarlos, tal vez fueron cientos de discos en los dos formatos que le tocaron. Sobre todo en su primera etapa hizo discos con las principales orquestas que visitaba o de las que fue su director. Sus grabaciones de obras de Stravinsky y de Prokofiev están entre las mejores, como también están los conciertos que grabó con Martha Argerich, Friedrich Gulda, Rudolf Serkin con buena parte de los conciertos de Mozart, entre otros; no hay mejor grabación integral de la obra orquestal de Ravel que la de Abbado, así como su integral sinfónica de Mendelssohn, además de demostrar que era un *brahmsiano* total con su primer ciclo de sinfonías con la Filarmónica de Viena y la Sinfónica de Londres.

Fue también un gran intérprete de la música de vanguardia de su tiempo. Y tanto en sus inicios como en la etapa semifinal, además de ser un sabio interprete de los compositores de la Segunda Escuela de Viena, (Schoenberg, Berg y Webern) hizo admirables grabaciones de sus contemporáneos (Nono, Sciarrino, Kurtag, Manzoni, Ligeti, Dallapiccola, Henze, Pizzetti, Rihm, Boulez, varios de ellos, italianos, casi todos, amigos de la vida).

Pero sobre todo sus grabaciones de ópera hicieron historia: insuperables versiones de *Las bodas de Figaro* y *El barbero de Sevilla* (con Prey, Berganza), lanzaron la voz de alerta ante la aparición de un director genial; así como fue genial todo lo que grabó de Rossini: *La Cenicienta*, *La italiana en Argel* y sobre todo sus dos versiones distintas de la genial ópera *Viaje a Rheims* – la primera insuperable, con Francisco Araiza entre otros; la segunda versión prodigiosa también. Y después, están todas las demás: una *Carmen* “distinta” con Berganza y Domingo; *Khovanshchina* y *Boris Godunov* de Mussorgsky, y luego las de Verdi, ¡ah, su Verdi! Los mejores e insuperados hasta ahora *Macbeth* y *Simon Boccanegra*, la primera grabación y más completa de la versión francesa original de *Don Carlos* y espléndidas versiones de otras óperas verdianas.

No puedo dejar de mencionar sus extraordinarios *Pelléas et Mélisande* de Debussy y el deslumbrante *Wozzeck* de Alban Berg, (Abbado nos quedó a deber una *Lulú*) y sin llegar a ser un director *wagneriano*, hizo Abbado un hermoso *Lohengrin*, con la más bella voz para este personaje, Siegfried Jerusalem, hasta la llegada de Jonas Kaufmann. Pero además, dirigió el



gran recital de arias de Bryn Terfel y varios discos orquestales con los que aportó a Wagner la belleza de su musicalidad italiana.

Tal vez la etapa de Berlín fue algo gris en discos, sus ciclos no acababan de convencer o de parecer los mejores. Es cierto que Beethoven no parecía ser el compositor que mejor podía expresar en grabaciones, pero también pasaba con otros autores. Algunos decías que, ya teniendo la mejor orquesta del mundo, “se había dormido en sus laureles”. Es difícil definir qué pasaba. Después vino la crisis de salud y afortunadamente después vendría su etapa en Lucerna y con sus otras orquestas, sus pequeñas hijas. Es cierto que representaría el final, pero ¡qué final! El momento en que pudo demostrar que ya era un director sublime. Y nos faltó hablar de su nobleza y de su humildad, que lo hicieron aún más grande. Pero eso sería tema para otra ocasión.

El lugar común ha sido decir que “nos queda su legado” y sin duda esa es la más hermosa verdad. Pero también, la más terrible verdad es que ya se le extraña. Sobre todo, porque en los últimos años era un director no sólo activo sino vigente, con una visión sabia y luminosa de la música, siempre reposado y muy musical, casi nunca agresivo ni extrovertido. (Recientemente, como un homenaje personal e íntimo, escuché uno de sus últimos discos, el último que había conseguido, con la violinista **Isabelle Faust**, en la marca **harmonia mundi** —sí, como si la inefable Deutsche Grammophon también hubiera perdido sus derechos sobre él, descubrí que el famoso concierto para violín de Beethoven puede ser también una obra llena, suavidad y dulzura, de ternura y amor a la vida ¡como nunca antes lo había escuchado! Un director que logra eso con el Concierto de Beethoven es un grande entre los grandes.

Entonces... es cierto. Nos quedará siempre su música, la música como la hizo Claudio Abbado.

